

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

5.11–21

Cautivos del amor de Dios

James Thompson

«Así que, somos embajadores en nombre de Cristo [...]» (5.20).

Eran palabras que los corintios habían oído anteriormente, las palabras que dicen: «[...] uno murió por todos» (5.14). De hecho, palabras casi idénticas a éstas formaron parte de las primeras cosas que los corintios alguna vez oyeron acerca de Jesucristo (cf. 1ª Corintios 15.3). En la primera visita que Pablo hizo a Corinto, ese simple mensaje les hizo obedecer a Jesucristo. En todos los lugares en los que Pablo anduvo durante sus viajes misioneros, el contenido de su mensaje fue siempre el mismo: «Uno murió por todos», o «Cristo murió por nuestros pecados». La historia cristiana podría resumirse en tales palabras.

Si los corintios ya habían oído tales palabras tantas veces anteriormente, debemos preguntar por qué se molesta Pablo en volver a hacer uso de ese resumen en 5.14. Hay que entender que Pablo va por la mitad de la defensa de su trabajo. Todo este tramo, que va de 2.14 hasta 7.4, se compone de la defensa que hace Pablo ante los críticos que dicen que él no es un verdadero siervo de Cristo. Luego, repentinamente, en 5.14, Pablo se deja decir estas palabras que todo cristiano debe saberse de memoria: «Uno murió por todos». Pero él no se limita a recordarles a los corintios su mensaje. Prosigue en 5.15–19 con un resumen del mensaje, haciendo uso de nuevas palabras. Las palabras de

5.19, en el sentido de que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo», pueden ser la más contundente afirmación de la historia cristiana que se pueda encontrar en todo el Nuevo Testamento. Tal vez los corintios también se sabían estas palabras de memoria. Son palabras que resuenan con tanto poder que podemos imaginarnos a las congregaciones repitiéndolas regularmente durante la adoración. Podemos imaginarnos a los cristianos diciendo que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo», o diciendo que «Cristo murió por nuestros pecados», cada vez que se les pedía que resumieran qué era aquello en lo que creían. Tal vez habrían respondido con las palabras de 5.21: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». La impresión que recibimos es que había algunos que querían entrar en debate acerca de quiénes eran los verdaderos cristianos, y en respuesta a esto, Pablo lanza el más contundente de sus argumentos.

PARA QUE TENGÁIS CON QUÉ RESPONDER (5.11–12)

¿Qué relación hay entre los anteriores resúmenes de la fe y la pregunta acerca de «quién es un verdadero cristiano»? Los corintios estaban

desconcertados porque otros habían venido con su propia idea acerca de qué era la fe cristiana. De hecho, se quedaron sin saber en qué creer, después de oír las contraafirmaciones de los que afirmaban ser verdaderos siervos de Cristo. Había algunos que «se medían a sí mismos por sí mismos» (10.12) y que juzgaban a los demás por las apariencias (5.12). Aparentemente, ellos afirmaban tener el don del Espíritu, diciendo que los verdaderos siervos de Cristo se podían identificar por manifestaciones visibles de poder. No era posible que un hombre tan poco impresionante como Pablo pudiera tener el Espíritu, ¡pues no tenía ningún poder que exhibir! Pablo se tiene que defender ante la acusación en el sentido de que él es un hombre «carnal» o «poco espiritual» (1.17; 5.16; 10.3–4).

Cuando Pablo se defiende de sus críticos, no lo hace por su honor. Lo que le preocupa es que los corintios puedan fácilmente perder el rumbo que llevaban si no se les da algunas respuestas. La iglesia en su totalidad necesita entender y ser informada. Por eso dice: «[...] a Dios le es manifiesto lo que somos; y espero que también lo sea a vuestras conciencias» (5.11). Luego añade: «No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os damos ocasión de gloriaros por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón» (5.12). ¡Una iglesia desinformada no tendría defensa alguna contra versiones rivales de la fe cristiana! Si no se le dan respuestas, el creyente no puede saber en qué consiste el distintivo del cristiano.

No hay modelo más apropiado para resolver serias cuestiones de la iglesia que el que Pablo ofrece. Aunque la iglesia que estaba en Corinto había oído muchas veces las palabras que dicen: «uno murió por todos», ellos necesitaban oír el mensaje esencial nuevamente. El método que usa Pablo para responder a un punto en disputa, puede parecernos extraño. Somos gente práctica, y puede que nos interese más lo que «funcione» y produzca resultados, que lo «verdadero». Además, nos encantan tanto las ideas nuevas, que fácilmente llegamos a la conclusión de que el antiguo mensaje está desgastado y no vale la pena repetirlo. No así Pablo, que usa el mensaje antiguo en un momento crítico porque es la única regla que determina en qué consiste el distintivo del cristiano. Nuestra provisión para la batalla es la historia de Aquel que murió por todos.

Richard Neuhaus escribió en su obra *Libres para ministrar*, que «entre las 3.000 y más iglesias de Cristo locales que hay en los Estados Unidos, puede encontrarse casi cualquier cosa en el campo

del ministerio».¹ Con todos los diferentes estilos de ministerio, es obvio que algunos programas son valiosos para el pueblo de Dios, y otros no lo son. Cuando los líderes de la iglesia analizan los numerosos programas alternativos, ¿cómo determinan ellos cuáles en realidad sirven a la causa de Cristo? ¿Hay alguna manera de determinar si lo que conviene es iniciar un programa de vida familiar, o construir nuevas instalaciones, o aconsejar a personas aquejadas de problemas? La iglesia que no tiene recursos en la historia fundamental, carece de rumbo.

LA HISTORIA ES NUESTRA HISTORIA

(5.13–15)

El distintivo del cristiano no consiste solamente en decir las palabras que se deben decir, pues aun éstas pueden convertirse en frases sin sentido. En 5.13–14, Pablo demuestra que la frase «Uno murió por todos» tenía sentido para él. Cuando él quiso explicar por qué su obra no satisfacía a los que lo consideraban poco impresionante, pues juzgaban por la apariencia, él recordó el impacto que tuvo en su vida la frase: «Uno murió por todos». Recibimos una impresión de los principios que determinaban el trabajo de Pablo cuando dice: «Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros» (5.13). Tal vez, la razón por la que Pablo declaró el principio básico por el cual se regía era que otros habían dicho que él era «cuerdo» (en la KJV se lee «sobrio»), y no lo suficientemente «extático». La palabra «loco» es literalmente «extático» (*exestemen*). Pablo responde: «Si estoy extático, este éxtasis es entre Dios y yo. Yo no hago alarde de mis logros delante de los demás para promoverme yo mismo». Pablo no antepone su propio interés. Su ministerio es «para Dios» y «para otros». El distintivo del siervo de Dios consiste en su rechazo del egoísmo.

¿Qué llevó a Pablo a rechazar el patrón que le imponía la cultura que le rodeaba a él y a nosotros? Él responde en 5.14: «Porque el amor de Cristo nos constriñe». La palabra «constriñe» (*synechei*) es llamativa. Significaba «llevar en custodia» u «obligar». Era la palabra que se usaba para referirse al prisionero que ha sido tenido en custodia por una autoridad superior. Pablo ha sido «capturado» y «tenido en custodia» por el amor de Cristo. Él luce y actúa de modo diferente de los demás porque ha sido conmovido por este amor. Él actúa motivado por amor desinteresado, porque ahora el amor

¹ Richard John Neuhaus, *Freedom for Ministry (Libres para ministrar)* (New York: Harper, 1979), 35.

tiene dominio de él.

Pablo habla en otro pasaje, acerca de este conmovedor amor: «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5.8). «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», pregunta él (Romanos 8.35). A él le conmovía el hecho de que había sido amado. Esta realidad le daba forma a su ministerio.

Cuando Pablo recordaba el amor que lo dominaba, él pensaba en la cruz. Ahora entendemos por qué. En una discusión sobre quiénes eran verdaderos siervos y falsos siervos de Dios, él cita las antiguas palabras que dicen: «Uno murió por todos». La frase no era un cliché sin sentido. Él tenía muy presente todos los días que el cristianismo comenzó con un acto de amor desinteresado, cuando Jesucristo rechazó el patrón del egocentrismo. En el centro de la fe está la sencilla palabra «por». Él murió «por» nuestros pecados (1^{era} Corintios 15.3) y «por los impíos» (Romanos 5.6).

Si Jesús era el singular desinteresado, ¿en qué consiste el distintivo del Cristiano? Pablo responde: «[...] uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (5.14–15). El distintivo del cristiano consiste en que él ya no se obsesiona por sus logros, su reputación ni su fama. Los que son de Cristo se distinguen por su disposición a servir a los demás.

Si prestamos oído a la conversación que sostuvo Pablo con los corintios, nos haremos nuevas preguntas acerca de la forma como determinamos nuestras prioridades. ¿Cuántas veces acudimos a las palabras básicas que dicen: «Uno murió por todos», para entender en qué dirección debemos ir? ¿Elegimos dirigentes que se distinguen porque «ya no viven para sí»? A nosotros, al igual que a los corintios, nos atraen enfoques de apariencia impresionante. Para algunos, el distintivo de la iglesia verdadera es el éxito visible. Puede que a la hora de elegir un ministerio, tengamos preferencia por aquel que nos dará a conocer. No obstante, si continuamente estamos volviendo los ojos al ejemplo de Jesús para hallar el rumbo que debemos tomar, seremos «llevados cautivos» por Su camino. Verner Eller está en lo correcto cuando dice que Cristo nos llama, no a tener éxito, sino a ser fieles.²

EL NUEVO MUNDO DE DIOS (5.16–17)

Siempre existe la posibilidad de que con-

² Verner Eller, *Outward Bound (De salida)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans, 1930), 47.

tinuemos repitiendo semana tras semana las declaraciones básicas de nuestra fe, sin reconocer que tienen un impacto en nuestras vidas. Recuerdo un culto por la noche en el cual el sermón del ministro fue interrumpido por una voz de la audiencia que decía: «¿Y qué?». La pregunta, embarazosa para el ministro y para la audiencia, era inapropiada para la situación. Pero el incidente me recordó que hay un «¿Y qué?» que atañe a la antigua historia, pues el plantearla cambia las cosas en nuestras vidas. Nuestro ministerio puede seguir adelante como si nada, sin ser afectado por la historia de la cruz. Cuando Pablo dice: «De manera que» en 5.16, y: «De modo que» en 5.17, él está dando a entender que no estaba satisfecho con repetir que «Uno murió por todos», pues la historia de la cruz cambiaba las cosas en su ministerio, tal como las anteriores oraciones paralelas lo demuestran.

El punto de lo que se está diciendo en 5.16–17, es que la crucifixión —el evento que se consideraba locura por los patrones del mundo— le había dado a Pablo una manera totalmente nueva de ver el mundo. Cuando dice: «De aquí en adelante», se refiere a la nueva experiencia en Cristo que lo ha cambiado a él. Ya él no «considera» (o «conoce») a nadie «desde el punto de vista humano» (*kata sarka*; NASB; NEB: «por los patrones del mundo»). La cruz significa el fin de los patrones del mundo, pues hay una manera totalmente nueva de ver el mundo y a Jesucristo. Este punto es sacado a relucir con más fuerza en 5.17. La NEB lo traduce así: «Si alguno esta unido en Cristo, hay un mundo totalmente nuevo». No hay duda de que, como la RSV traduce el pasaje, el que ha sido unido con Cristo «nueva criatura es». Pero el griego podría traducirse muy bien de la siguiente manera: «Hay un mundo nuevo» para el cristiano, pues éste ve el mundo de una nueva manera. Los patrones que una vez fueron importantes han dejado de ser artículos prioritarios. Los valores que una vez no significaban nada, de repente se llenan de significado. Este cambio de valores se ha originado en la historia de un hombre indefenso que murió en una cruz. Debido que esta historia significa algo para mí, «de aquí en adelante» evaluaré los ministerios según los patrones de Dios.

El «nuevo punto de vista» que Pablo tenía en Cristo le plantea cuestiones críticas a la vida que vive la iglesia de hoy día. En un tiempo en el que seguimos adoleciendo de incertidumbre para determinar cuáles ministerios tienen prioridad, es bueno que nos preguntemos qué es lo que reflejan

nuestros programas: si el «punto de vista humano» de los oponentes de Pablo, o el «nuevo mundo» de la cruz. Otra pregunta sería: ¿Qué determina el éxito de un ministerio? Según el «punto de vista humano» Pablo había «perdido el tiempo» ocupándose en varios ministerios «infructuosos». ¿Será correcto evaluar todos los ministerios por el principio de la «cantidad», como si pudiéramos medir nuestro éxito por medio de alguna especie de «cuantificador de resultados»? Según el punto de vista del «nuevo mundo», el éxito jamás será medido por alguna especie de marcador cuantitativo, como en las escuelas, ni por un estado de pérdidas y ganancias, como en la corporación.

Estoy convencido de que muchos programas importantes que se conforman al nuevo «punto de vista» jamás se publican. A menudo se llevan a cabo en medio de circunstancias difíciles, en las que los resultados son poco impresionantes. Pero son llevados a cabo por personas que se han entregado a los demás. Recuerdo a misioneros que trabajaron por décadas en campos poco receptivos, y a familias que rehusaron renunciar a la iglesia en un vecindario cambiante. Muchas de estas personas no tuvieron estadísticas impresionantes para demostrar su efectividad. Los que los medían por patrones humanos sólo veían fracaso. Pero estas personas rehusaron dejarse atrapar por el «punto de vista humano» como medida del éxito.

¿DE QUIÉN ES EL MINISTERIO? (5.18–21)

Nuestro ego natural nos tienta a vivir según dicta el «punto de vista humano». Somos tentados a buscar programas que *nos* promuevan y nos den razón para enorgullecernos de nuestros logros. También somos tentados a evitar ministerios que no tengan gran potencial de éxito. Es el ego natural lo que está en juego cuando nuestro deseo es tener la iglesia «más grande», o ministrar a la iglesia «más prestigiosa». Llega el momento de plantear cierta pregunta, especialmente cuando estamos atrapados en nuestro propio ego, y es esta: ¿De quién es el ministerio?

Pablo responde esta pregunta en 5.18–19. El énfasis se pone en el hecho de que «todo esto proviene de Dios». En los versículos 18 y 19 resume la historia cristiana, tal como hizo en 5.14, con el fin de recordarnos que esto «proviene de Dios». En dos oraciones paralelas dice que Dios «nos reconcilió consigo mismo» por Cristo (5.18) y en Cristo (5.19). Esto es, la historia comenzó por iniciativa de Dios. Nada hicimos nosotros para restaurarnos.

Cuando Pablo contó la historia de la cruz, él usó una llamativa imagen para declarar lo que

Dios hizo, una imagen que Pablo rara vez usa. En la cruz, Dios nos «reconcilió» consigo. La palabra lleva implícita la idea de restauración de la paz y de la armonía después de un período de distanciamiento (cf. 1^{era} Corintios 7.11). La palabra nos recuerda el saludo hebreo, *shalom*, que comúnmente se daba en la calle. La palabra significaba «paz», pero significaba más que la ausencia de hostilidad. Llevaba implícita la experiencia de armonía e integridad. Dios actuó por medio de Cristo para hacer lo que nuestras iniciativas no podían haber hecho: nos restituyó la *shalom*. Es como Pablo lo dice en Romanos 5.1: «tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». Después de haber sido «enemigos», «fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Romanos 5.10). Era una manera diferente de decir lo que ya se había dicho anteriormente (5.14): «Uno murió por todos». Es la historia de Dios; no la nuestra.

Pero, ¿cómo van a conocer otros la historia? En 5.18–20, cada vez que Pablo resume la historia («Dios estaba reconciliándonos»), también menciona a los que Dios les ha confiado la historia. Si Dios nos ha reconciliado, nos ha dado un «ministerio de reconciliación» (5.18). Nuestro ministerio es, según 5.18, algo que se nos ha *dado* («nos dio el ministerio de la reconciliación»), es decir, un don. Según 5.19, es un «encargo». No es nuestro ministerio, para que hagamos lo que deseemos. Los programas no son nuestros programas. Los programas legítimos jamás compiten uno contra otro. De hecho, todo ministerio auténtico tiene como propósito el servir de «ministerio de reconciliación».

Mientras que los ministerios modernos a menudo fracasan porque carecen de rumbo y definición, Pablo no careció de tal rumbo. A su ministerio, por ser «ministerio de reconciliación», no le faltó definición. Toda obra y todo aspecto de su ministerio estaba orientado a producir *shalom*, o reconciliación, entre Dios y el hombre. Él es el «embajador» de Cristo (5.20). La palabra «embajador» era una palabra de gran dignidad, a diferencia de algunos otros términos que se usaron para referirse al ministerio (i.e., «esclavo», 4.5; «siervo», 6.4). En la época de Pablo, así como en la nuestra, el embajador tenía el pleno derecho de hablar en nombre de su dirigente. Las personas a las que hablaba, sabían que sus palabras eran, en realidad, las de su soberano. Cuando él trabajaba por la paz, estaba respaldado por la autoridad de su emperador. Así, cuando Pablo llama a los demás a aceptar la «paz» de Dios, es Dios quien hace el llamado por medio del ministro.

CONCLUSIÓN

Las palabras de Pablo, habladas en un momento en que el enfoque del ministerio de la iglesia era objeto de mucho debate, deben ser escuchadas hoy día. Cada vez que busquemos rumbo y propósito para nuestros programas, que por ningún momento se nos olvide el hecho esencial de que la «palabra de la reconciliación» de Dios ha sido encargada a Sus siervos. La iglesia habrá perdido su camino cuando haya olvidado que ella existe para decirles a los demás: «Reconciliaos con Dios». Una «verda-

dera iglesia» vuelve a poner su mirada una y otra vez en la única y sencilla historia que la llamó a la vida: «Uno murió por todos, luego todos murieron». Si sólo hablamos y actuamos desde el «punto de vista humano», perderemos nuestra razón de ser. De hecho, podemos tener éxito desde el «punto de vista humano» y a la vez errar el camino. Hay un urgente llamado a hacerse en cada generación la siguiente pregunta: ¿Es nuestro ministerio un reflejo del «nuevo mundo» de valores de Dios? ◆

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS